

HISTORIA DE UN BUEN BRAHMÁN

En uno de mis viajes me encontré con un viejo brahmán, hombre muy sabio, lleno de ingenio y muy erudito; además, era rico y eso le hacía todavía más sabio pues, al no faltarle nada, no tenía necesidad de engañar a nadie. Su familia estaba muy bien gobernada por tres mujeres muy bellas que se esforzaban en agradarle; y, cuando no se distraía con sus mujeres, se dedicaba a filosofar.

Cerca de su casa, que era hermosa, bien decorada y con unos jardines encantadores, vivía una vieja india, beata, necia y bastante pobre.

Un día me dijo el brahmán:

- Me gustaría no haber nacido.

- ¿Por qué? - le pregunté.

- He estudiado durante cuarenta años -me dijo- y han sido cuarenta años perdidos. Enseño a los demás, pero lo ignoro todo: esta situación me provoca en el alma tanta humillación y disgusto que la vida me resulta insoportable. He nacido y vivo en el tiempo, pero no sé en qué consiste el tiempo; me encuentro en un punto entre dos eternidades, como dicen nuestros sabios, pero no me hago ninguna idea de la eternidad. Estoy compuesto de materia; pienso, pero jamás he logrado aprender qué es lo que produce el pensamiento; ignoro si el entendimiento es en mí una simple facultad, como la de andar o digerir, o si pienso con mi cabeza del mismo modo que cojo cosas con las manos. No sólo desconozco el origen de mi pensamiento, sino que también me permanece oculto el principio de mis movimientos: no sé por qué existo. Sin embargo, todos los días me hacen preguntas sobre esos temas: hace falta responder; no tengo nada interesante que decir; hablo mucho y permanezco confuso y avergonzado de mí mismo después de haber hablado.

»Todavía es peor cuando se me pregunta si Brahma ha sido creado por Visnú, o si los dos son eternos. Dios sabe que no sé nada sobre eso, y se nota en mis respuestas. «Oh, reverendo padre», me dicen, «explícanos cómo es que el mal está por todas partes». Me dan bastante pena los que me plantean esta pregunta; les digo a veces que éste es el mejor de los mundos; pero los que se han arruinado o han sido mutilados en la guerra no se lo creen, ni yo tampoco; vuelvo a casa bastante abatido por mi curiosidad y mi ignorancia. Leo nuestros libros antiguos, y aumentan mis tinieblas. Hablo con mis compañeros; unos me responden que hace falta disfrutar de la vida y burlarse de los seres humanos; otros creen saber algo y se pierden con ideas extravagantes; todo aumenta el sentimiento doloroso que experimento. Algunas veces estoy a punto de caer en la desesperación al darme cuenta de que después de todas mis investigaciones no sé ni de dónde vengo ni qué soy ni a dónde iré ni en qué me convertiré».

El estado de este buen hombre me produjo una gran pena; nadie era más razonable ni de mejor buena fe que él. Me imagino que cuanto más instrucción poseía su entendimiento y más sensibilidad su corazón, era más desgraciado.

Vi el mismo día a la vieja beata que vivía cerca de él. Le pregunté si alguna vez se había sentido apenada por no saber de qué estaba hecha su alma. Ni siquiera entendió mi pregunta: jamás había reflexionado ni un solo instante de su vida en los problemas que atormentaban al brahmán. Creía en las metamorfosis de Visnú con todo su corazón y, con tal de poder tener de vez en cuando agua del Ganges para lavarse, se consideraba la mujer más feliz del mundo.

Sorprendido por la dicha de esta pobre criatura, volví a visitar a mi filósofo y le dije:

- ¿No os avergüenza ser desgraciado mientras a vuestra puerta hay una vieja autómata que no piensa en nada pero vive contenta?

- Tenéis razón -me respondió-. Muchas veces me he dicho que sería feliz si fuera tan simple como mi vecina, pero no querría ese tipo de felicidad.

Esa respuesta de mi brahmán me provocó una impresión más grande que todo lo demás. Me examiné a mí mismo y vi que, en efecto, no hubiera querido ser feliz a condición de ser imbécil.

Propuse este tema a los filósofos y todos estuvieron de acuerdo conmigo.

- Hay, sin embargo, una tremenda contradicción en esta manera de pensar -les decía-. A fin de cuentas, ¿de qué se trata? De ser feliz. ¿Qué importa tener ingenio o ser tonto? Aún más: los que están contentos con su ser están muy seguros de estar contentos; los que razonan no están seguros de razonar bien. Está claro entonces que haría falta elegir no tener sentido común a poco que ese sentido común contribuyera a hacernos desgraciados.

Todo el mundo estaba de acuerdo conmigo y, sin embargo, no encontraba a nadie que quisiera aceptar el negocio de volverse imbécil a cambio de ser feliz. Eso me llevó a la conclusión de que, si bien nos importa la felicidad, mucho más nos importa la razón.

Pero después de haber reflexionado en esta cuestión, me parecía que preferir la razón a la felicidad es muy insensato. ¿Cómo se puede explicar esta contradicción? Como todas las demás. Hay mucho que hablar sobre este tema.

VOLTAIRE, *El ingenuo y otros cuentos*.